

Etnoliteratura

poema para interpretar la ciudad del otro

Luis Alberto Montenegro Mora
Director Editorial UNIMAR
Universidad Mariana

Me pierdo entre mis calles, entre sus calles, y con cada pliegue que descubro estoy más cerca de mis límites, errante de tejados, camarógrafo de retratos que se pintan en las otras literaturas que se configuran en el pavimento; ¿Etnoliteratura? Propuesta para abofetear lo “real” y sembrar lo posible, a partir del acercamiento al otro, a sus mitos, imaginarios, mundos y sentimientos, el otro como ciudad, ciudad como el otro, yo como ciudad, ciudad como yo, ciudad de papel, versada, posible, fantasma, que no somos más que ventanas que se pierden en las calles sin faroles, bañadas por noches y reventadas ante las miradas de los colonizadores, poemas susurrantes impregnados de la clandestinidad.

La etnoliteratura como huella que penetra en la ciudad y me aproxima al poema que es el misterio de sus calles, es la otra posibilidad, de ser ciudad y ser poeta, de ser poema y ser mirada, de ser más de lo que la hegemonía quiere de mí; es decir, soy problema porque bombardeo los espacios urbanos con nostalgias y momentos que penetran a manera de versos y tratan de hacer soportable mi condición de hombre-ciudad; a nadie le preocupa, estoy al margen de lo relevante, pero estoy en el centro de mi ansiedad.

Me pierdo con cada pisada, me fundo con el pavimento y pretendo que nada pasa, espero ser de día aquella sombra acogedora de frescura, de noche, cual frágil rama me rompo entre los aullidos de las historias de terror que son expulsadas desde los ojos del transeúnte. Bajo las falsas sonrisas que conforman la ciudad, están aquellos mensajes que se han impregnado en el aroma de los ladrillos y la lluvia que purga las lágrimas de los

invisibles, de los negados, de los espectros que bailan al son de la música de los callejones y esquinas.

Es que me pierdo tratando de encontrarme, y en lo etnoliterario comprendo que estoy ubicado en mí mismo, como problema, posibilidad, como mundo posible de imágenes que pretenden dar explicación a mi ser. El ejercicio etnoliterario es el ejercicio de perderse, para encontrarse, no con el propósito de tranquilizarse, sino ubicarse —desequilibrarse—, de ser un transeúnte en la frontera de lo urbano, que posibilite al hombre de día ser el lobo nocturno que poema los aullidos de su mirada enlunada.

La ciudad que se escribe en mi piel, que escribo en cada paso, que dispone de mi cual madre y me aprieta hasta sacar mi esencia; etnoliteraturas urbanas, que posibilitan el sexo con las angustias, con el recuerdo, con los hechos que hacen los escenarios, y con los sentimientos que musicalizan una posible interpretación de la ciudad como fenómeno etnoliterario que deseo descifrar para entender al otro, para entenderme, para exorcizarme, para perderme y para ser otro, poema y poeta, pie y huella.

Cual estatua de parque extasiado, reportero de vidas ajenas, testigo de novelas y palabras maltrechas, es así como al final de la travesía me veo, encontrando en el otro aquella ciudad que es y ve, aquella ciudad que se hace verso y tatúa la lengua escritora. No soy el héroe etnoliterario de la ciudad, soy un vagabundo de mis recuerdos, interesado en acercarme más a mí como objeto y objetivo, como ciudad, como mensaje que se oculta entre la selva de risas que pululan en los corredores, parques, casas, bares.

Necesito de un poema para saber que estoy vivo, necesito de un poema como tiquete al hades ciudadano y apostar en el casino del crepúsculo clandestino, donde no soy más que otra ciudad en la ciudad... pero antes de ello, ¿Dónde está la ruta? Aquellas pistas que la ciudad me sonríe y espera cual amante a que yo dé con su paradero, con aquella cita, casualidad, que tensione mi hilo rojo en busca de su extremo.

Es que acaso ¿Eso no es etnoliteratura? Problema que lo problematiza, al pensar que es posible otra realidad, la no contada, la “ficticia”, la no registrada, es decir, aquella que no ha sido escrita, sino relatada por los silencios. Etnoliteratura como posibilidad de acercarme a lo que me angustia, perdiéndome, reconociendo y fastidiando a los cubos que componen lo urbano, lo rígido, lo natural.

La ciudad como cuerpo social que se compone de sus calles, estructuras, personas e imaginarios, que oculta tras su vestido todas aquellas intenciones, posibilidades, que refleja y juega con el brillo de las ausencias conceptuales y vacíos emocionales del poeta herido, que busca la inspiración fugitiva que un día se marchó para vivir lejos del cincel versado. Así, de la manera más sencillamente azarosa, propongo la etnoliteratura como poema decolonial que dibuja el mundo latinoamericano, pretexto para conocer los lenguajes del otro, sus imaginarios, mitos, realidades, misterios, como ciudad, como literatura. Así, de esa manera, criptografía de la ciudad para combatir el discurso oficial de los monumentos, para a través del asalto poético recorrerla, recorrerme y exorcizar los demonios de mi ser, para no temer el azote de mis penumbras. Soy ciudad, viajo al mundo de abajo a tratar de explicar mi mundo del medio y esperar un mundo de arriba —fantasear—, vivir o pretender creer que eso es así. El poema urbano es una táctica para ser el forastero en mis propias tierras, espacios que desconozco, límites que no me atrevía a cruzar, burbujas que se han reventado para nacer en nuevas burbujas patéticamente intrigantes —la poesía urbana como herramienta etnoliteraria para libertarse de las imposiciones coloniales—.

¹ Intento —desesperado— por definir lo indefinible del hecho etnoliterario en el trabajo de grado Criptografía de la Ciudad de San Juan de Pasto.